

medias de Paris, en los arrabales de Paris, en las afueras de Paris, y á las 15 leguas en circunferencia de Paris, sea imposible mirar á parte alguna sin encontrarse con el Dr. *Albert* y con sus *maladies secrètes*. Por mi cuenta debe llevar ya la centésima vigésima nona edicion de sus anuncios.

Véase, pues, si la anualidad *usque ad satietatem* es ó no cualidad *nacional* de nuestros vecinos.

La casa de Fieschi.

¡Miseria humana! Se verá acaso con indiferencia la morada de un anacoreta lleno de virtudes, que se consagró á Dios y está en el cielo, y se pregunta con interes por la vivienda de un famoso asesino, de un *regicida*, como llamó estos dias pasados el mentecato marqués de *Boyssí* en la Cámara de los Pares al Regente de España, cuya loca expresion tan interesantes debates ha producido en la Cámara de allá y en las Córtes de acá.

Por mi parte sé decir, que tan luego como nos vimos en el boulevard del Templo, pregunté con viva curiosidad por la casa de *Fieschi*; curiosidad que me avivaba mas la que por su parte *Tirabeque* mostraba tambien. Pregunté, y nos la enseñaron. «Héla allí, aquella casita pequeña que hace esquina.» — ¿Aquella que no tiene mas fondo que para una ventana? — La misma: ella es la mas humilde de todo el boulevard: ¿veis sus tres pisos de una sola ventana cada uno? — En efecto. — Pues bien, en el mas alto vivia el *regicida*, allí colocó la máquina infernal: venid un poco mas acá.... estáis en el sitio en que cayó y espiró el general mas benemérito que acompañaba al Rey: vos, monsieur (dirigiéndose á *Tirabeque*) pisáis la piedra que enrojeció la sangre de dos valientes oficiales..... Dió *Pelegrin* un salto súbito hácia atras, miró á la ventana de *Fieschi*, y el color blanco de su rostro indicaba temer que volviera á asomar por allí otra máquina infernal. — Ah, no temáis: creo que vos no perteneceréis á la familia reinante. — No señor, pero soy muy amigo de Luis Felipe. — Vos sois extranjero? — Para servir á Vd., señor monsieur; soy español. — Entonces..... yo os pido perdon, no podéis ser amigo de Luis Felipe: ¿cómo recibisteis el atentado de *Fieschi*? — El atentado de *Fieschi*..... (señor, vámonos, que este me huele á espía), figúrese Vd., fué una cosa horrorosa. — En España, sean las que quieran las quejas que tengamos del gobierno del Rey de los

franceses, le dije yo, aborrecemos el *regicidio* tanto ó mas que se puede aborrecer aquí. Y guardéos el cielo, que nosotros tenemos que hacer.

Plaza de la Concordia.

Estoy colocado en el paraje mas bello, mas grandioso, mas magnífico y mas sublime del mundo. Si todo Paris correspondiera á este sitio, Paris deberia ser la capital del orbe. Desde aquí estoy viendo las fachadas discordantes pero majestuosas del palacio de las Tullerías. Entre él y yo median sus jardines públicos, con sus fuentes, sus estatuas, sus estanques, sus bosques y sus prados artificiales. Á mi derecha, mas allá del elegante puente de Luis XVI que atraviesa el Sena, veo el suntuoso pórtico de la Cámara de los diputados; á mi izquierda, á lo léjos de una soberbia calle, diviso las formas augustas del templo de la Magdalena. Convirtiéndome hácia el oeste, y extendiendo la vista por los Campos Eliseos, alcanzo á ver á su extremo el famoso Arco de Triunfo de la Estrella, la mas soberbia obra monumental que tiene Paris. Todo es magnífico lo que me rodea, todo es regio; bello y sorprendente es todo. Asomado el Rey de los franceses á uno de los balcones céntricos de su palacio, puede decir con verdad que goza del espectáculo mas grandioso que puede gozar otro monarca alguno. ¡Conjunto exterior el mas á propósito para despertar el orgullo de la Majestad, si ya no lo hicieran innecesario las humillaciones que los reyes presencian en el interior de sus alcázares!

Contemplando estoy el obelisco de granito rosa de 72 piés de alto y de 500,000 libras de peso que tengo junto á mi. Repaso sus jeroglíficos; quisiera leer los nombres de *Rhamcés* y de *Sesóstris*, y los versos que refieren sus trabajos y centienen sus alabanzas; pero confieso humildemente que no entiendo los caracteres egipcios. Reflexiono en el atrevido pensamiento de haber hecho trasportar á la capital de Francia un monumento erigido en el Egipto 1580 años ántes de la era cristiana; y mas que la osadia del pensamiento y que las dificultades de la ejecucion, admiró la sagacidad y astucia de Luis Felipe en haber hecho colocar en este sitio, donde hasta ahora se habian levantado monumentos que unas veces lo eran de adulacion, y otras eran padrones de infamia para los reyes, segun las vicisitudes políticas, un monumento que no puede ménos de ser respetado por todas las revoluciones, cualesquiera que ellas sean. ¡Ingeniosa destreza, propia

de la capacidad del actual monarca de la Francia! ¡Inventar un medio de dominar las revoluciones en lo material como parece proponérselo en lo formal!

Me hallo en medio de un contorno octógono, que solo por esto, faltando á la propiedad, se puede llamar *Plaza*. Un terraplen bordado de candelabros ocupa su centro. Á mis cuatro ángulos tengo cuatro esfinjes de granito: veinte columnas rostrales que sostienen otras tantas linternas de gas circundan la plaza, y otros veinte candelabros mas pequeños constituyen otro círculo concéntrico. Á cada lado del obelisco hay dos fuentes colosales, cuyo único defecto, así como el de las columnas y candelabros, es el de estar excesivamente recargadas de oro. Numerosos grupos de estatuas alegóricas rodean estas fuentes. Estoy entre Tritones y Nereidas, entre los Genios de la Navegacion, de la Astronomía y del Comercio, entre el Océano y el Mediterráneo, entre la pesca de las perlas y de los corales, entre la recoleccion de los cereales y de las frutas, entre pámpanos y flores, que todo esto representan los graciosos grupos que á la vista tengo.

Veamos qué representan estas otras ocho estatuas colosales que descansan sobre estos dos elegantes pabellones que están de los dos lados de cada puente. ¡Ah! La Guia lo dice; son los emblemas de las ocho ciudades principales de Francia. Esta es la populosa *Lyon*, sentada entre dos urnas, de las cuales se escapan el Ródano y el Saona. Sobre su cabeza coronada de hojas de viña descansa una almenada torre. Su brazo derecho reposa sobre un canastillo lleno de ovillos y lanzaderas; en su derecha tiene una madeja de seda, y con su izquierda sostiene un caduceo: símbolos de la industria de aquella ciudad fabril. Hé aquí su vecina *Marsella*, coronada de pámpanos y espigas, en una mano tiene un timon y en la otra una rama de olivo cargada de fruto; ella descansa sobre un trozo de mármol de donde arranca una proa y una popa de navío. ¿Quién será esta cuya erguida cabeza ciñe una corona de laurel, que con su derecha sostiene un gobernalle, y cuya izquierda fuertemente apretada se apoya sobre la culata de un cañon? Ah! es *Brest*.... Pero aquí se me acerca un hombre; ¿qué me querrá decir?

« Perdonad, caballero: ¿sabréis decirme lo que significan estas dos figuras de aspecto fiero y belicoso que con las espadas en la mano parece estar desafiando al enemigo? Os he visto con la Guia en la mano, y me he tomado la libertad de acercarme á preguntaros. — Tendré una complacencia, le respondí, en poder

satisfaceros. Consultemos la Guia. Sí: son las dos ciudades guerreras y fronterizas *Lille* y *Strasbourg*. — ¡Oh! me alegro no haberme engañado: me pareció reconocer á mi ciudad natal. — ¿Sois de alguna de ellas? — Sí, de *Strasbourg*. Perdonad; vos mostráis ser extranjero. — En efecto, no os habéis equivocado tampoco. — Perdonad, ¿sois italiano? — No. — ¿Inglés? — Tampoco; soy español (1). — ¡Oh, español! Tengo un placer en ello. Yo amo mucho los españoles. — ¿Habéis estado por acaso en España? — Perdonad; no he estado; pero tengo una idea muy ventajosa de aquel país, y vuestro amable carácter me hace confirmarme en ella. — ¡Ah! perdonad, vos sois demasiado bueno: pero mostráis no conocernos mucho, porque los españoles no amamos las lisonjas. — ¡Ah! yo os pido mil veces perdon: con eso me interesáis mas. Muy solo venis. — Sí, en verdad, hoy he salido solo. — ¿Os habéis cercado á ver el Arco de la Estrella? — Todavía no. — Si gustáis, os acompañaré de buena gana. — Con mucho gusto.

Así lo hicimos. Miétras íbamos marchando por los Campos Eliseos adelante, la conversacion de los dos amigos improvisados giraba alternativamente sobre las costumbres de una y otra nacion y sobre las bellezas respectivas de sus capitales, contrayéndola tambien á veces á la situacion individual de cada uno. — Perdonad mi atrevimiento, me decia: vos seréis acaso emigrado. — No ciertamente. — Yo os pido que me disimuléis: ¡como los españoles sois tan amantes de la emigracion....! — Yo he venido, le dije, solamente por recreo, ó si queréis, por instruccion y curiosidad, por conocer el país. — ¡Oh, diablo! ¡Tambien los españoles viajáis por recreo y por instruccion! Yo creía que los españoles viajabais solo por emigracion. Y pues sois tan nuevo en Paris, aconsejoos mucho cuidado en la eleccion de hotel. ¿En qué hotel vivís, si me es permitida la libertad de haceros esta pregunta? — En el de *** las tres estrellas. — ¡Oh! soy muy contento de ello. Allí está un amigo mio: ¿puedo saber el número de vuestra habitacion? — El 10. — ¡Ah! yo tendré el honor de

(1) Tenga por cierto, seguro é infalible todo español, que lo primero que le preguntarán en Francia es, si es italiano, en seguida si es inglés. En Holanda y Prusia le preguntarán si es italiano, si es inglés, si es belga, si es polaco, si es americano: lo último que se les ocurre preguntar es, si es español. Algunas corajinas me tiene costadas esta proposicion en las interrogaciones de averiguacion de patria.

pasar á ofrecer mis respetos al amable habitador del número 10. — Sentiré que os toméis esa molestia. — Al contrario, tendré en ello un placer inexplicable.

Admirábame mucho á mi, Fr. Gerundio, la extremada obsequiosidad de mi casual compañero, lo cual subió considerablemente de punto al llegar al arco triunfal de la Estrella. — Hé aquí, me dijo, un monumento digno de los triunfos de Napoleon: él es el mas sólido, el mas colosal que haya jamas existido. En efecto, esta obra soberbia, comenzada por Napoleon y concluida por Luis Felipe, no rinde parias á ninguna de cuantas pudieron erigir en este género los orgullosos romanos. Cerca de diez millones de francos (cuarenta millones de reales) se han invertido en la construccion de este arco prodigioso. Admirables grupos de relieves decoran cada una de sus fachadas. En la de la derecha está representada la partida del ejército en 1792: el Genio de la guerra, de estatura colosal, llama la nacion á las armas, y guerreros de diferentes edades y uniformes se preparan á combatir. La de la izquierda representa el triunfo de Napoleon, coronado por la victoria en 1810. Sobre él está la Fama proclamando sus victorias, que la historia va anotando en su gran libro de registro: á sus piés están las ciudades conquistadas. Al lado opuesto se ve la resistencia de la Francia en 1814: un jóven combate esforzadamente por su esposa, sus hijos y su padre: detras de él un guerrero cae de su caballo, herido de muerte, y el Genio del porvenir le alienta á pelear. Á la izquierda de esta fachada se presenta la paz de 1815: un guerrero está envainando su espada: otro de mas edad se ocupa con un toro en los trabajos de la agricultura: una mujer y sus hijos están sentados á sus piés, y Minerva coronada de laureles les dispensa su proteccion. Aquí la batalla de Aboukir y la derrota de Mustafá-Pacha con un grupo de turcos: allí la toma de Alejandria con el retrato de Kleber, obra maestra de escultura. Acá las batallas de Austerlitz y de Jemnapes: allá los diputados de la nacion al rededor del altar del país dando las banderas á los guerreros. ¡Admirable animacion de grupos, y magnífica perspectiva de cuadro, la mas grandiosa que acaso se haya ejecutado en piedra! Debajo del grande arco se leen los nombres de 96 victorias, y los de los generales que en ellas ganaron fama y prez: entre todos 384.

« En este catálogo reconoceréis muchos nombres españoles, me decia el compañero de Strasburgo. — En efecto, respondí; pero este es el catálogo de las victorias: el de las derrotas no le ha-

bréis visto quizá: pues aun es mas numeroso en lo relativo á España. — Ese no le he visto. — Verdad es que no habéis estado en España, segun me dijistéis poco há. » El silencio fué la única respuesta que me dió. — Subamos, me dijo despues, por la escalera interior, y gozaréis de uno de los mas bellos puntos de vista que tiene Paris. Era de ver á mi obsequioso socio llevar en propia mano para subir la oscura escalera, un farolito, que no permitió llevase el viejo soldado de Napoleon que está de guardian del monumento. Gozámos en efecto de la bella y grandiosa perspectiva que desde la ancha azotea del arco se disfruta. Al bajar se me adelantó á satisfacer el medio franco que se paga por cada paraguas ó baston que se deja en la portería. Sorprendíame tanta fineza de parte del incógnito. — Ahora iremos, añadió, si gustáis, á dar un paseo por estas afueras, y veréis las deliciosas campiñas de *Neuilly*. — Perdonad, le contesté: os complaceria de buena gana, pero no me es posible, porque tengo que hacer á la una, y solo falta un cuarto de hora. — ¡ Ah! yo os ruego que me acompañéis á dar este paseo, que estoy seguro os agrada. — Y yo os suplico me dispenséis, porque ahora me es imposible. — Yo os aconsejo que no dejéis de aprovechar esta ocasion para gozar de las delicias de este campo. El dia está bueno; vos no debéis regresar sin ver los frondosos bosques de *Neuilly*.

Me costó trabajo poderme evadir de sus apremiantes instancias. Entónces él viendo mi resolucion irrevocable, — pues bien, me dijo, ya que ahora tengo la desgracia de no poder gozar por mas tiempo de vuestra encantadora compañía, mañana tendré el honor de ir á buscar á vuestro hotel de *** las tres estrellas, y de acompañaros á ver las cosas notables de Paris. ¿Será buena hora las once? — Á las once ya habré salido yo. — Iré á las diez..... á las nueve, á la hora que gustéis, todas son buenas para mí; mi deseo es complaceros y acompañaros.

Aconsejoos, amados hermanos míos, que si vais á Paris os guardéis de estos obsequiosos y finos cicrones encontrados, que se acercan con estudiado candor al extranjero y le hablan y preguntan con aire de sencillez, y concluyen espontaneándose á hacer todos los buenos oficios que conocen les habrá de agradecer mas un extranjero incauto. Guardaos de ellos, os digo, si no queréis ser desplumados en las afueras de *Neuilly* ó en otras extraviadas vias donde os sacarán so pretexto de enseñaros tal paseo delicioso ó tal edificio extramuros. Y guardaos de darles vuestro nombre y las señas de vuestro alojamiento, porque si no, contad

de seguro con que vuestro bolsillo será víctima de la astucia y sutileza de estos atentos socios improvisados. El mio se felicita todavía de la prevision de haber tenido que hacer á la una, de haber renunciado á ver las campiñas de Neuilly, y de haberle dado las señas de un hotel..... que no existe en París. Entre bobos anda el juego, y al descuidado no le favorece la ley.

Tirabeque en la Cámara de los Diputados.

Hé aquí una de las cosas que asegura mi buen lego Pelegrin que no habia soñado nunca, verse él en la Cámara de los diputados de Francia. Así suceden al hombre cosas que no habia pensado ni por sueños. Y estoy seguro que cuando en 1804 se encargó al arquitecto Poyet la construccion de un peristilo cuya magnificencia anunciara por la parte del Sena la entrada al palacio de las sesiones del cuerpo legislativo, tampoco pensó ni pudo soñar que al cabo de 37 años habian de entrar por allí Fr. Gerundio y su lego Tirabeque.

Al pié de una soberbia escalera de piedra de 100 piés de largo, se ven dos estatuas de Témis y de Minerva. Poco mas arriba sentadas en sillas curules sobre pedestales, otras cuatro estatuas gigantescas que reproducen las imágenes de Sully, de Colbert, y de los Cancilleres de l'Hopital y d'Aguesseau. Sobre la plataforma en que termina la escalinata se eleva un peristilo de 100 piés de longitud, adornado de doce columnas corintias, en cuyo fronton triangular se representa la Ley apoyada sobre las tablas de la Carta, sostenidas por la Fuerza y la Justicia. Á su izquierda la Paz restableciendo el Comercio; á su derecha la Abundancia marchando bajo los auspicios de la Ley, y seguida de las Ciencias y las Artes.

— ¿Qué te parece de este pórtico, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego. — Señor, me respondió, aunque no tengo el honor de conocer esta familia, paréceme gente mas decente y de mas forma que la que hay á la entrada de las Cortes de allá. — Y no solo de mas forma, Pelegrin, sino tambien de mas materia, pues todas estas estatuas son de piedra sólida, miéntras las del pórtico de nuestro Congreso me contentara yo con que fuesen de mediano estuco. — Señor, ¿cuándo tendremos nosotros un buen edificio para las Cortes?

Aquí me permitirá el gerundiano lector una ligera digresion-

cilla hacia el estado en que cuando esto escribo se encuentra el santuario que era de nuestras leyes.

Derribándose está en estos momentos el edificio del Congreso para construir sobre el mismo solar otro de nueva planta con arreglo á la ley decretada en Cortes. Yo he visto las Virtudes que decoraban su portada desnudas de la blanca corteza que las embellecia. Yo he visto la Justicia denegrida y sin espada ni balanza. Yo he visto la Prudencia sin cabeza, la Fortaleza sin manos, el Patriotismo despojado de la cascarilla exterior, y la España mutilada y rotas sus vestiduros: no eran unas Virtudes sólidas: eran una materia floja y quebradiza, y solo tenian de bello la figura y el barniz. Yo veo el descarnado armazon de un edificio que retrata el estado de una nacion que debió robustecerse allí y se quedó en su mayor parte en esqueleto. Yo veo los armadijos ocultos que sostenian sus paredes y sus bóvedas, simbolo de los manejos secretos que entraban en la confeccion de algunas leyes. Yo veo la escala que se ha puesto para subir á deshacer la cúpula del Santuario, emblema de la escala que cien veces se puso para trepar á la cúpula del poder. Yo veo los escombros hacinados por calles y plazuelas al modo que yacen hacinados por estantes y cajones tantos códigos y proyectos de ley. Yo los veo afeando la poblacion y entorpeciendo el paso al público, á la manera que afean el cuadro de nuestra situacion y entorpecen la marcha de los negocios públicos los embarazos que le dicta poner á cada uno su interes y su pasion. Yo he visto los operarios empleados en el derribo del que fué templo de la ley proclamar tumultuosamente una exigencia, justa si se quiere, y querer ellos dictar la ley. ¡ Ah! ya que por ahora los legisladores hayan creído necesario derribar, derribese cuanto ántes, y ocúpense luego y pronto y sin descanso en levantar el edificio de la legislacion, que no es espectáculo para visto mucho tiempo el cuadro descarnado del derribo en lo material y lo moral!

Ahora entremos con Tirabeque en la Cámara de los diputados de Francia.

Un anciano respetable y de buen porte fué el que nos recibió y se mostró dispuesto á acompañarnos. — Señor, me decia Pelegrin, este tiene trazas de Presidente de la Cámara, será menester hablarle con respeto. — No lo creas, hombre, será el conserje. — ¿Podríamos tener el gusto de ver el salon de las sesiones? — Dig-naos tomaros la molestia de seguirme.

En el primer departamento se veia el retrato del Rey, rodeado